Algunas notas sobre el festival de La Unión



ANTONIO PARRA

Todavía no se han apagado los ecos y sones de los festivales de la Región que cubren el mes de julio –desde la Mar de Músicas hasta el festival de jazz de San Javier–, pero ya se anuncian los jondos del Festival Nacional del Cante de las Minas de La Unión, que este año cumple nada menos que 40 años, y que se celebrará del 9 al 19 del próximo mes de agosto.

Esta es la primera edición que realmente dirige el nuevo equipo de gobierno del ayuntamiento, pues, aunque el año pasado comenzaron su gestión unos pocos meses antes del mes de agosto, para entonces el anterior equipo ya tenía prácticamente cerrado el programa.

Así que, al ser año electoral, se encontraron con una serie de galas flamencas de 'tirar la casa por la ventana', lo que les aseguraba el éxito de público, pero, al mismo tiempo, se le ponían las cosas muy difíciles para este año.

Efectivamente, después de contar en una misma edición con un Mercé en plena cresta de la ola de la moda de su nuevo disco; Vicente Amigo, el Ballet Nacional de España, Sara Baras, Menese o Cristina Hoyos, entre otros artistas o estrellas del firmamento flamenco, resultaba difícil este año hacer un programa con calidad, tirón y que no pareciera 'algo menos' que el año pasado.

No se trata ya sólo de dinero, sino de imposibilidad de juntar en un solo año tantas 'estrellas'. Hay muchos buenos artistas flamencos, pero estrellas mediáticas que se repartan el pastel, menos. La única solución, al menos en este año de transición, era apostar por la calidad estricta. Se ha buscado una fórmula mixta, en la que al final se ha contado con alguna 'estrella' no presente el pasado año (Raimundo Amador, que actuará con Tomatito, por ejemplo, aunque Amador normalmente lo que hace no es flamenco) al lado de rancios cantaores del tipo de Agujetas o El Cabrero, pero también gente joven que aporta aires nuevos, como Esperanza Fernández o Eva la Yerbabuena. La pareja circunstancial que han formado recientemente Manolo Sanlúcar y Carmen Linares, o el sentido del compás y de la fiesta de Pansequito y Aurora Vargas.

Se ha conseguido un buen programa en circunstancias difíciles, pero algunas cosas han ido a menos

Una serie de galas, en suma, que, en cualquier otra circunstancia habría que calificar como notables e interesantes. También lo son ahora, claro, pero habrá que esperar a ver cómo responde el público después de lo 'apoteósico' del pasado año, aunque no hay duda de que éste ofrecen buen flamenco para todos los gustos.

Hay otras cosas en las que no hay más remedio que reconocer que se ha retrocedido. Se oferta un curso de baile como algo novedoso. Es cierto que como oferta práctica (es decir, un curso para introducirse –o mejorar, según los niveles– en el baile flamenco) resulta una novedad, pero el festival venía ofertando desde hace años una serie de cursos teóricos de introducción al flamenco en colaboración con la universidad de Murcia, que el año pasado ya fueron eliminados. Uno de esos cursos fue dedicado al baile. Un curso, como el resto, teórico, dirigido por el prestigioso crítico Ángel Álvarez Caballero, y entre los profesores y ponentes estuvieron los mejores expertos. Y no digamos ya nada de la parte práctica, es decir, los encuentros de los alumnos con bailaores y bailaoras. Nada menos que Sara Baras, Antonio Canales, Matilde Coral o Pilar López pasaron por el curso. Y si se trata de cursos prácticos, en ciudades como Córdoba los cursos de guitarra los da Sanlúcar, y por poner un ejemplo en bailes, en el festival de Jerez los da gente de la talla de Matilde Coral o Merche Esmeralda.

Sinceramente, los cursos y parte de los aspectos culturales (que en los últimos años habían alcanzado un nivel extraordinario) no están a la altura de un festival como éste, y es de suponer que con más experiencia se rectifique en este sentido en años venideros.

Sin embargo, en gestión económica se han mejorado algunas cosas, como hacer rentables las eliminatorias de los concursos fuera de Murcia, y se ha tenido en cuenta a la gente de La Unión en algunas actividades programadas. Una justa mezcla de localismo y universalidad (de ambas cosas está hecho el flamenco) sería el justo tono para los próximos años.

LA OPINIÓN, 25/7/2000